

de esta tierra en un tiempo en que su excelencia de alma no tenía observadores ni cronistas.—B. V. DAVAR.



“HIJO DE LADRÓN”, novela de *Manuel Rojas*. Editorial Nascimento. Santiago, 1952

No son ecuanímenes los escritores chilenos que permanentemente se quejan de falta de lectores desconocidos para sus obras. En este terreno todo es, a fin de cuentas, cuestión de calidad. El público lector, de alguna manera, sabe a qué atenerse. Ultimamente se ha producido un suceso que lo comprueba. Manuel Rojas publicó a fines del año pasado su novela *Hijo de Ladrón*. La crítica demoró en aparecer. Cuando por fin irrumpió en elogios, la novela, por sus propios medios, ya se había robado el interés de los lectores y estaba a punto de agotarse. La edición era de cuatro mil ejemplares y se consumió en pocos meses. Y, como al público hay que complacerlo, luego apareció una segunda edición que hoy anda también por todas partes, de mana en mano, y está par aparecer una tercera.

¿Qué atractivo especial tiene *Hijo de Ladrón* que ha monopolizado tanto interés a su alrededor? El tema, las peripecias del bajo pueblo, ya había sido ampliamente tratado por otros novelistas como Joaquín Edwards Bello, Alberto Romero, Carlos Sepúlveda Leytón, Nicomedes Guzmán y otros; su forma de desarrollarlo, haciendo uso arbitrario del factor tiempo y llevando a veces dos argumentos que se trenzan y vuelven a separarse, tampoco es nueva, pues algunos autores norteamericanos, en particular William Faulkner, ya la habían empleado con una antelación de varios lustros. Lo que ha impuesto esta novela es, en puridad, su estilo. Un estilo eminentemente funcional. Manuel Rojas, escritor antirretórico, pero no por eso apoético ha dejado de lado los ritmos y las metáforas. Las palabras suyas están siempre al servicio directo del argumento.

Con sin par fluidez narra anécdotas y por primera vez en la prosa chilena hace una feliz mezcla de diálogos y descripciones. Tal simultaneidad, de ritmo dinámico y casi acezante, y por ello vivísima, implica una superación de la técnica antigua, la cual, cotejada con ésta, aparece convencional. Veamos un ejemplo extractado de un capítulo en que Manuel Rojas describe a una cuadrilla de obreros que trabajan en la construcción de un ferrocarril transandino: "El tren se detuvo, y la locomotora, con los bronquios repletos de hollín, jadeó hasta desgañitarse. El maquinista y el fogonero, que parecían, menos que hijos de sus madres, hijos de aquella locomotora, de tal modo y a tal punto estaban negros de carbón y relucientes de aceite, gritaron y gesticularon: —¡Vamos, muchachos, apurarse, apurarse! ¡Por aquí! Tomen primero los comestibles; nos conviene más. ¿Hay algo que pese más que un saco de papas? Otro saco, ¿no es cierto? Ahí va. Un cajón: fideos. Otro cajón: azúcar, Cuidado con ése: está roto y se cae el arroz. Esto debe ser café. Ahora las herramientas. No se quede con la boca abierta, señor: póngale el hombro, es livianito. ¿Dónde pongo esto? Métaselo donde le quepa. Ja, ja, ja. ¿De dónde sacó ese risita de ministro? Vamos, muchachos, apurarse. ¡Miércoles, me reventé un dedo! No se aflija: aquí las heridas se curan solas; la mugre las tapa y las seca. Los baldes, las palas, las picotas, la dinamita, los fulminantes, las mechas, ¿Qué más? ¿Y estos bultos? Ah, son las carpas. Cuidado: allá van. Listos. ¡Váyase!"

Como se ve, el autor escribe de espaldas a los eufemismos y sin ningún afán de impresionar con el instrumento idiomático. Y si estilo es el modo particular de expresarse y lo posee quien sin firmar logra hacer presente su nombre, Manuel Rojas es, desde luego, todo un estilista, pues de *Hijo de Ladrón* se puede extraer cualquier pasaje, leerlo separadamente del texto, y reconocer sin esfuerzo que es suyo.

Los personajes que pueblan esta novela son, en general, un hato de rufianes. Aparecen aquí tales como son, con sus vicios, con

sus burdas limitaciones, con sus virtudes y también, si se quiere, con su dignidad. Estos ex hombres, según la denominación gorkiana, para los cuales cualquiera esperanza constituye un lujo, se conforman con subsistir, sin aspirar a nada superior, pese a todas las excelencias que ven a diario en otras clases sociales. Cuando a un personaje de esta novela le preguntán cómo le va, contesta con satisfacción: "no del todo mal: pasando" Esta respuesta entraña toda una clave psicológica a muchos hombres de abajo. Se ve así que no les importa ya mayormente esto o aquello. Viven al margen de toda alta expectativa. No tienen por delante un mundo de valores por conquistar. Tan proscritos se sienten frente a cualquiera posibilidad, que son felices solamente con ir "pasando", lo que equivale a sobrellevar una existencia meramente orgánica e instintiva. Menos aún, ni siquiera se sienten individuos en sí. Se saben algo menos que eso: masa en la más elemental acepción. De ahí su falta de amor propio para recabar una posible personalidad, según compruébase en la forma verbal en que se expresan: "vamos" pasando, no "voy" pasando", según diría, sin pensarlo, quien tuviera cualquier género de independencia.

Manuel Rojas ha escrito esta obra desde un punto de vista objetivo que le ha permitido alcanzar una cabal comprensión de los valores humanos. Su realismo, de la mejor ley, no le hace rehuir las descripciones de la miseria física; eso sí, por suerte, que sin solazarse, como otros literatos que conciben recurso mejor para impresionar. El sujeto que acá narra en primera persona, el hijo de ladrón precisamente, es un mozo estoico que tiene la facultad de ver a toda hora con meridiana claridad. El autor, por su intermedio, sencillamente expone, o sea, emplea el estilo "presentativo", tan recomendado por Ortega y Gasset. Los personajes y sus circunstancias, de esta suerte, aparecen enfocados sin ningún astigmatismo. Resultado: se vuelve a confirmar que todos aquellos sujetos odiosos del hampa tienen a veces sobrados motivos para elegir esa actividad en donde la voluntad personal, tan exaltada por los seres que nacieron

con respaldo económico, influye sólo en una mínima parte, por no decir ninguna, porque desgraciadamente puede más el rigor implacable de los factores materiales. Estos hombres, en efecto, no son culpables de su ominosa profesión. Ellos, en conjunto, constituyen la secuela de determinada estructura social. No son causas. Son efectos. Los culpables, en todo caso, somos nosotros, todos los ciudadanos que tenemos alguna responsabilidad material o espiritual y que, haciendo debido uso de ella, a esta altura debiéramos haber encontrado ya la forma de convivencia humana que impida que sigan subsistiendo tantos malandrines. Por lo demás, se ve aquí que algunos de estos tipos que viven al margen de las leyes, lejos de ser radicalmente innobles, son a veces mejores que los que viven dentro de las leyes o, probablemente, dictando las leyes. Y no se crea, por el título, que es esta una novela tenebrosa. No. La naturaleza humana sabe defenderse y, en cierto modo, equilibrarse. En varios capítulos brotan la malicia y el humorismo, elementos que conjuntamente con el alcohol, constituyen la más habitual "salida" con que nuestro pueblo, ayuno todavía de libertad económica, se desahoga. Muchos de estos parias de Manuel Rojas exhiben, así, una conducta y una filosofía festiva y perfectamente adscrita a la picaresca.

Manuel Rojas, de una manera realista y directa, casi sin inventar nada, o inventando muy poco, lo justo para que la obra de arte aparezca y resplandezca, nos muestra aquí todo un estrato del pueblo de este tiempo. Todos esos "hombres oscuros" suyos, dentro de su área tan elemental, son en su mayoría varoniles, decididos, de una pieza. Se comprende. Vienen del proletariado. Y el proletariado que ha logrado traspasar las fronteras de la infancia en Chile —país donde la mortalidad es una de las más altas del orbe— es porque nace vacunado por la providencia para vivir muchos años. Además, desde el alto punto de vista en que el autor se ha situado, todos los hombres resultan más o menos afines, es decir, sin esas espectaculares diferencias verticales que crean los prejuicios y las convencio-

nes. Por eso esta novela, que carece de héroes, es una novela de masas, vistas por un personaje central que, como aquel inolvidable Chichikov de *Las Almas Muertas*, va de aquí para allá fijándose en todo. Entraña así un valioso, e indirecto, aporte a la comprensión de las características psicológicas de un sector de nuestra comunidad. Otras lecciones se desprenden de *Hijo de Ladrón*, pero ninguna de ellas es apriorística. Manuel Rojas es escritor que no hace excursiones fuera del área de la literatura pura, rasgo de suyo loable en esta época tan preñada de *ismos* interesados y confusio-  
nistas.—EDMUNDO CONCHA.



“DEL SENTIDO DE LA VIDA Y DEL SENTIDO DE LA MUERTE”, de *En-  
rique Molina*

Hace algún tiempo la Sociedad Chilena de Filosofía pidió a Enrique Molina una charla sobre motivos de su especialidad. El ilustre Rector de la Universidad de Concepción eligió como tema el mismo que había servido poco antes al filósofo español, Ferrater Mora, para escribir *El sentido de la Muerte*, libro que por entonces fué muy comentado. Pero encontrando que el asunto era —así lo dice— de impresión negativa, complementó su ensayo en la forma que da título a este comentario. Era forzoso que así lo hiciera. En un artículo anterior, nos hemos referido al optimismo que es como una “constante” en el pensamiento de Molina. Constante de signo evidentemente positivo que tiñe todos sus trabajos, no sólo los filosóficos y literarios sino también los de su vida práctica. Leyendo este ensayo, se advierte que su autor pasa por sobre la primera parte como obligadamente, guardando todos sus entusiasmos para la segunda, que es la que mejor condice con su formación espiritual. Y es que Molina es un filósofo de la vida y para la vida, como lo tiene de sobra demostrado. Nada, en efecto, nos hace pensar leyendo sus obras que él considere —como Sócrates— que la filosofía es una